

El Árbol de la Vida

Y OTROS CUENTOS

PURI HOSPITAL BARTOLOMÉ
PAZ GUILLÓ MARTÍNEZ
ROCÍO RUBIO VISERAS
ISABEL ÁLVAREZ SÁNCHEZ
JUANA MARÍA VIVANCOS GABARDA
ELENA SÁNCHEZ HERNÁNDEZ

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

EL ÁRBOL DE LA VIDA

Y OTROS CUENTOS

PURI HOSPITAL BARTOLOMÉ
PAZ GUILLÓ MARTÍNEZ
ROCÍO RUBIO VISERAS
ISABEL ÁLVAREZ SÁNCHEZ
JUANA MARÍA VIVANCOS GABARDA
ELENA SÁNCHEZ HERNÁNDEZ

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR

2019

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: M. Livolsi

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *El árbol de la vida y otros cuentos*

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2019

C/ Carril de los Juanes, 12

30012 Murcia (España)

Teléfono: 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-948135-7-3

Depósito legal: MU 486-2019

Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	7
EL ÁRBOL DE LA VIDA PURI HOSPITAL BARTOLOMÉ	17
CORAZÓN ALADO PAZ GUILLÓ MARTÍNEZ	23
IRISADA ROCÍO RUBIO VISERAS	31
UN PÁJARO LLAMADO LIBERTAD ISABEL ÁLVAREZ SÁNCHEZ	43
DESPROPÓSITOS JUANA MARÍA VIVANCOS GABARDA	49
JANA Y EL TIEMPO NUEVO ELENA SÁNCHEZ HERNÁNDEZ	55
«AHORA TE TOCA A TI»	65
«ÉRASE TU VEZ»	71

AGRADECIMIENTOS

Este libro, como el resto de la colección, que va creciendo poco a poco, no podría haber visto la luz con la elegancia que lo hace si no fuera por la colaboración de grandísimos profesionales como Daniel Caballero, responsable de la maquetación y diseño de cada libro, por el especial cuidado con que lo hace y por la grandeza que les imprime; y Mikel Marcé, corrector profesional, apasionado, fértil y exquisito con el tratamiento de cada página de este libro. Por tanto como dais, gracias de todo corazón.

PRÓLOGO

El curso «Érase tu vez» es algo más que un curso en el que aprendes algo bueno, es una inmersión en las estancias de tu pasado, un viaje al fondo de ti para crear una narrativa que te cuente y te dé sentido. Escribir un cuento es fácil para unos, muy complicado para otros, imposible para quien no lo intenta, pero si ese cuento es el cuento de tu vida, entonces la cosa cambia. Pero vayamos por partes.

LA BIOGRAFÍA

Cada asistente al taller ha de elaborar su autobiografía antes de venir; es un ejercicio breve, pues no se necesitan más de dos o tres páginas; es como una línea de vida que va a facilitar el proceso y dará comprensión al trabajo a realizar. Y de esta forma comienza el viaje.

Mirar en nuestro pasado siempre es motivo de desasosiego, pero es tan necesario como imprescindible para poder comprender que lo que hemos vivido ha tenido sentido. Es en este momento cuando se toma conciencia de que estamos iniciando un viaje importante, que vamos a ser los protagonistas de un relato que nos ha construido con el paso del tiempo.

Recordar nuestra vida es fabular, pues nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo re-

cuerda un hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que olvidamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos tener presentes en este preciso momento de nuestra vida. De ahí la importancia de no detenerse ni juzgar lo que hemos de contar en nuestro relato biográfico, que será breve, y será una guía para iniciar el camino.

EL VIAJE DEL HÉROE

Nuestra psique tiene estructura mítica, convierte en cuento cualquier cosa que narra, con esa forma de estructurar la narración que Joseph Campbell llamó «El viaje del héroe», y que está inserta en los mitos y leyendas de todas las culturas de la humanidad. Así, nuestro relato vital también se expresará, sin pretenderlo, de esta forma, como un cuento. Un héroe, o heroína, inicia un viaje que le aleja de su comunidad para adentrarse en las profundas y oscuras cuevas del inconsciente, tendrá un mentor que le guiará al principio del viaje, y cruzará un umbral que le llevará al vientre de la ballena, donde vivirá pruebas infernales, luchas feroces con monstruos de todo tipo. Saldrá vencedor de todas las batallas y en cada una habrá aprendido algo más hasta alcanzar una gran sabiduría y experiencia que le permita el retorno a su comunidad de origen para compartir el conocimiento, y así compensará lo que la comunidad le dio a él. Este viaje mítico es una metáfora muy elaborada del viaje que todos hemos de realizar a lo largo de nuestra vida y este va a ser el cuaderno de campo que nosotros usemos a lo largo del taller, tanto en la propia estructura del mismo como en el soporte que hagamos de él para la elaboración del cuento de cada asistente al taller.

LAS DINÁMICAS

El curso se realiza en tres días intensos de dinámicas relacionadas con el movimiento, el juego, el baile, la poesía, la escritura, las

metáforas... Es un recorrido que comienza jugando como niños, porque el juego infantil es la forma más directa de estar en el aquí y ahora, tan necesario para el viaje que se emprende. Y será esta la llave que nos abra la puerta para acceder al plano donde conviven las metáforas, los símbolos, la creatividad, el cuento y la poesía, entre otras cosas. Porque cuando jugamos como niños nos instalamos en un presente absoluto donde lo único que importa es jugar por jugar, para reír y poco más. Este espacio es compartido con poetas, artistas y moribundos. Unos le llaman el campo, otros el inconsciente colectivo, registros akhásicos, *unus mundus*, orden implicado... Hablaremos de esto más adelante.

Seguimos con dinámicas de escritura creativa, con juegos de metáforas visuales, con test proyectivos sobre dibujos simbólicos, con reflexiones sobre fragmentos de películas o el análisis creativo de pequeñas piezas teatrales que juegan con la metáfora. Se escriben principios y finales de cuentos, se desarrolla la capacidad que cada persona tiene para la poesía, reforzando con propuestas que vayan instalando en los asistentes el lenguaje del símbolo y la poética de la mirada. Todo ello les va a preparar para el proceso de escritura del cuento personal.

Entreveradas con estas dinámicas también se usan técnicas para contar cuentos, para que cada persona saque su parte narradora y pueda expresar sin complejos lo que haya de contar más tarde.

Para poder crear una cierta capacidad de evocación hacemos visualizaciones guiadas que servirán para ir abriendo espacios diáfanos en nuestra psique de una forma consciente.

En todo este proceso es importante el baile libre, que, junto con el juego y las visualizaciones, se ha de convertir en el eje de la expresión del taller.

EL CUENTO

Es bien sabido que los cuentos son herramientas, monumentos literarios creados por la humanidad para la transmisión de conoci-

miento. Los cuentos poseen la extraordinaria capacidad de «entre- tener» a nuestra mente, siempre juzgante, para colar por la puerta de atrás, con el lenguaje de los símbolos, la enseñanza que necesitamos para construir nuestra vida. Los cuentos habitan en un espacio de fantasía donde cualquier realidad es posible y, cuando escuchamos uno de esos relatos, abrimos canales imperceptibles para la mente que, de darse cuenta de la jugada, sometería a un juicio sumario el contenido quitándole valor y relegándolo a la categoría de fantasía irreal o cuento de niños. Pero el juego que plantean los cuentos con las historias, divertidas o profundas, hacen que nos inclinemos por jugar o reflexionar antes que juzgar. Y esa es una de las grandes bazas del taller «Érase tu vez», en el que unimos juego con reflexión, pasión por crear con mirada sin juicio a nuestro pasado. El cuento es el soporte de nuestro taller, el lienzo donde se pinta el retrato de nuestra vida, pero no es el objetivo, es una tarea más junto a compartir en el grupo, contar ante la cámara, editar un libro o pintar tu autorretrato. Lo que importa es el proceso, el viaje.

Cuando comprendemos el proceso del viaje del héroe y lo aplicamos en nuestra vida, nos damos cuenta de que somos como los héroes, de que lo que hemos vivido es tan importante como lo que han vivido los héroes y heroínas de los cuentos y mitos, que están expresados con metáforas, y de que ahora, una vez entendido esto, podemos afrontar el escribir el cuento de nuestra vida con la distancia que nos da el lenguaje de los símbolos. Estamos dispuestos a crear un mito contemporáneo.

EL VÍDEO

En un momento del viaje, cuando el cuento ya ha sido elaborado, nos disponemos a contarle ante la cámara. Esto, que en sí no es nada, se convierte en una gran batalla contra el último dragón, una lucha feroz contra los miedos internos, pues el vídeo es como un espejo que nos devuelve nuestro propio diálogo, una proyección

de lo que creemos que piensan los demás de nosotros, que no es más que la autoimagen deformada que tenemos cuando nos juzgamos. El vídeo será un elemento más que se incorporará al patrimonio del participante, al que solo tendrá acceso él, o ella, y quien considere. Cumplirá la función de los antiguos álbumes de fotos que narraban con precisión el momento vital. Será como un acta notarial del cuento de su vida.

EL LIBRO

Y aquí aparece otro elemento crucial del taller, la cuidada edición de un libro con los cuentos de cada participante, este que tienes en las manos. Cuando finaliza el curso y el cuento está ya sobre el papel, bien pulido, lo editamos en un libro para que se entienda la importancia del acto realizado y que la vida de cada uno, de cada una, tiene sentido cuando es compartida con la comunidad que le dio identidad. El libro se convierte así en un acto psicomágico que va a dar coherencia a todo lo demás. Pero tampoco es el objetivo del taller, es la excusa: un libro exquisitamente editado para compartir con la comunidad los avatares de cada personaje. Más tarde vendrá la presentación pública del mismo como referendo final de todo el proceso.

¿ESTE CURSO, PARA QUÉ?

El curso supone tomar conciencia del cierre de un ciclo vital —el que sea, siempre estamos entrando y saliendo de alguno—, porque vivimos inmersos en los ciclos que marcan, con la cadencia de un reloj de arena, nuestro paso por la vida —el inicio del cole, el primer amor, el primer trabajo, la independencia de la familia, el primer desamor, alguna muerte de un ser querido, una separación...—. Y cuando estamos en el curso nos damos cuenta de que esos ciclos eran necesarios, importantes, y nos han hecho ser como somos. Y en el taller, al tomar conciencia de esto, podemos hacer el duelo que haya quedado pen-

diente y cerrar el ciclo. El observar tu vida desde esta perspectiva te permite poner distancia al dolor y tener más amplitud en la mirada; observas tu propia actitud, algo a lo que no estamos acostumbrados, ya que es difícil ver el mar si estamos dentro del agua.

Es evidente que poder comprender que nuestra vida forma parte de un ciclo común nos hace fuertes y cierra el ciclo o los ciclos que hayan quedado abiertos.

El modelo del viaje del héroe nos sirve de guía en este viaje sin final, pues siempre hay un nuevo comienzo en espiral ascendente. Al comprender que la vida que has vivido es la mejor de las vidas que podrías vivir, estableces un pacto con tu alma, con tu ser interior, que te da sentido y razón para seguir apostando por la entrega al proceso que te ha tocado vivir, más allá de tu comprensión. Los mitos y los cuentos son narraciones que dan ejemplo de cómo se hace el viaje, de cómo nuestra vida tiene un sentido más allá de lo que nos contamos fruto de nuestras vivencias, que han sido establecidas por los mandatos de las personas que necesitamos que nos quieran. Cuando conectamos con ese ser a través de la narración del cuento, comenzamos a dar forma a lo que en principio nos parecía informe, oscuro y definitivo, y es que una vida vivida nunca es definitiva, ni oscura; es necesaria y verdadera: solo de nuestra comprensión del proceso dependerá la aceptación de cada acto que nos ha construido hasta el momento.

¿QUÉ OCURRE EN EL CURSO?

Cuando comienza el curso, nos fijamos mucho en los detalles que nos van a mostrar cuándo estamos dentro del espacio de la metáfora, del medio arquetípico, y estos detalles se muestran con las sincronicidades que ocurren, esas «casualidades» que van más allá de la simple coincidencia y que revelan el hilo invisible que nos une a todos, la sabia conexión de la vida. Cambian algunas leyes físicas —puede hacer mucho calor de golpe, o mucho frío, sin causa aparente— y se instaura un tiempo de carácter mítico, donde la

magia —entendida como pauta de existencia, no como fantasía de huida— se hace evidente en la sonrisa y el bienestar del momento. En esos instantes creativos afluyen del inconsciente de cada cual los recuerdos necesarios para comprender que un ciclo se cierra y otro comienza, que la vida que se ha vivido hasta ese momento ha tenido sentido, sea cual sea la experiencia. La realidad se impone como un patrón perfectamente establecido y comprendemos, sin pensamiento que lo juzgue, que cualquier vida pasada fue lo que tenía que ser y no como un juego de palabras, sino como una verdad que se comprende inmutable y verdadera.

Lo que ocurre en todo este proceso es tan real como eso que entendemos por realidad consensuada y que intentamos describir como acontecimientos secuenciales que nuestros cinco sentidos nos muestran. El espacio que habitamos en ese momento está colmado de luz, amor y comprensión. Y es un espacio donde coexisten ambos, se encuentran superpuestos, disolviéndose uno en el otro y pudiendo ser experimentados a la vez. Se pasa de uno al otro con libertad y sin pensamiento que lo provoque y no hay confusión ni zozobra, nos hace rendirnos a lo inefable de la existencia, a la necesaria aceptación del misterio que marca nuestro caminar. Supone rozar la transcendencia, esa conexión con lo sagrado de la existencia que va más allá de una religiosidad establecida. Y al comprender, bajo el modelo de «El viaje del héroe», que todo tiene un sentido, nuestra vida adquiere una dimensión más allá de los hechos y nos rendimos a la evidencia de la verdad, que no es otra que la magnificencia de la Creación expresada hasta en la más mínima circunstancia.

Y ahí viven los cuentos y por eso nos gustan tanto, porque dan expresión a nuestro deambular; desde ese lugar contamos nuestra vida —si necesitamos contarla— cuando vamos a abandonar nuestro cuerpo en ese proceso que llamamos muerte; o cuando hacemos música, arte o respiramos una bella puesta de sol. Es la antesala de la transcendencia, una espiritualidad sin religión, un estado del ser que

nos recuerda de dónde venimos y nos sugiere a dónde vamos. Hay un concepto sagrado en la forma de dirigirnos a lo que nos rodea, sagrado en tanto que muestra un misterio que no alcanzamos a comprender pero que hemos de aceptar sin reservas y con la entrega y humildad de quien está ante algo que le trasciende y que es necesario conocer, o no conocer, ya que no depende de nosotros, sino de nuestros merecimientos entendidos como posibilidades.

MÁS ALLÁ DEL TALLER

Los arquetipos y símbolos que pueblan los cuentos de cada persona son universales; así ocurre que, tras leer alguno de los cuentos, hay personas que sienten el poder del mismo y pueden aplicarlo en su propio conocimiento interior. Una psicóloga infantil utilizó uno de los cuentos publicados en una terapia con una niña y esta pudo conectar y expresar cosas que antes no había conseguido hacer con otros medios. El cuento hizo posible que la niña verbalizara lo que necesitaba y lo hizo a través de las imágenes que el cuento le ofrecía. El viaje del héroe, recordamos una vez más, acaba con la vuelta a la realidad del comienzo del viaje, al lugar donde el héroe ha nacido y donde lo han cuidado; todo lo que es se lo debe a esa comunidad y ahora es el momento de devolver y compartir los bienes adquiridos. El cuento cumplió con esta niña su función de mito contemporáneo.

El libro es un objeto que te permite viajar a través del tiempo y el espacio. Cuando sale de tus manos pasa a pertenecer al giro que el destino tenga preparado para tu obra, que ya no te pertenece. Quizá te despierte algo que llevabas escondido, el oficio de escritor o escritora, y a partir de ese momento lo conviertas en tu pasión, en tu forma de estar en el mundo. ¿Tendremos capacidad de escribir un cuento? —se preguntaba un asistente ante el reto que planteaba el taller—. Era un monstruo personal que le acechaba y con el que habría de luchar con furia. Y consiguió vencer.

Y como cada cuento ha de tener un buen final, pues cada cual escribe el suyo jugando de nuevo con las metáforas, que es el idioma que entiende el inconsciente. Mensaje en una botella de cuento para el futuro, lámpara de Aladino con su genio dentro, que irá desgranando la forma de vivir a partir de ahora, con sutileza, como en secreto. El taller no acaba con un colorín colorado que cierra la puerta a nuevas experiencias, sino que se instala en nuestra comprensión un continuará permanente, más allá de los reinos de fantasía o realidad, porque seguimos viviendo la mejor de las historias que podíamos vivir: la Vida.

EL ÁRBOL DE LA VIDA

PURI HOSPITAL BARTOLOMÉ

*Y de pronto, la vida te detiene.
Te sienta, porque quiere hablar contigo y no le has hecho caso.
Y te habla, te recuerda cosas que tal vez habías olvidado.
Y te abraza.
Y en ese abrazo te recuerda que sólo has venido a vivir.
No a luchar, no a salvar, no a pagar ninguna deuda.
Sólo a vivir.*

Paul Féval

En un lejano lugar, poblado por lindas mariposas, a mediados del invierno, cuando las nieves empezaban a derretirse, nació Chispita. Era la menor de cuatro hermanas y fue fácil elegir el nombre, pues sus pequeños ojos parecían albergar una brillante estrella. Su llegada no fue sencilla, nació con las alas tan plegadas al cuerpo que no podía romper la crisálida para salir; menos mal que ese día había un hada de visita en el poblado que se dio cuenta de que algo iba mal y le ayudó a romperla y alzar el vuelo. Esta experiencia se grabó en su memoria de tal forma que le persiguió durante mucho tiempo. Ese recuerdo de lucha y sacrificio fue lo que en la edad adulta le traería consecuencias.

A Chispita, cuando era pequeña, no le gustaba Pandora, su madre, pues ya no era joven y sus alas no tenían tanto brillo ni su vuelo tanta velocidad. Chispita envidiaba a las madres de sus amigas, porque tenían alas fuertes y brillantes, pues aún no había aprendido que el valor no está en el exterior sino en el interior de cada uno.

Chispita vivió sus primeros años en un pequeño poblado con su abuela y su tío paternos. Le encantaba disfrutar de la naturaleza, ver las nubes e imaginar qué había detrás de ellas, imaginaba que eran aviones, magos, aves... cada una con una forma diferente.

También le gustaba ir con sus amigas a mirar nidos, siempre atentas a que no se les zampasen. Adoraba el olor a tierra mojada, aunque a las mariposas no les gusta la lluvia porque no pueden salir a volar.

Pero Chispita fue creciendo y las obligaciones de las mariposas adultas empezaron a pesar y recuperó esa memoria que decía que la vida es esfuerzo, lucha y sacrificio. Y mientras estudiaba siempre quería ser la mejor, quería ser la primera en las acrobacias de vuelo, la primera en desentrañar los misterios... y todo con mucho esfuerzo. Ese año el esfuerzo lo trasladó al trabajo, donde hizo tareas muy diferentes. Empezó haciendo zapatos para mariposas cojas, y también quiso aprender a reparar las alas rotas. A pesar de hacer tantas cosas ninguna la llenaba y cayó en una profunda tristeza, lloraba y sus lágrimas agujerearon sus alas. Al principio esos agujeros eran fácilmente reparables con hilo de seda, pero llegó un momento en que fueron tan grandes que tuvo que acudir al curandero, quien los selló con miel de abeja y plumas de cisne. En esa época, cuando empezaron a aparecer los agujeros, Chispita se fue a vivir con Losrak, una mariposa de gran corazón que siempre tenía una sonrisa y una palabra amable para todos. A pesar de los agujeros, Losrak le animaba a volar cada día y la sostenía por la cintura para evitar que cayera en el vuelo, pero las reparaciones de las alas duraron poco tiempo.

Un día Chispita se levantó con una gran grieta en el ala izquierda; rápidamente fueron al curandero, quien al verla les dijo:

—Esto que te pasa ya no es de aquí sino del cielo, se trata de una maldición, quizás muy antigua, y yo para eso no tengo medicina. Sólo conozco un remedio: el árbol de la vida, pero nadie sabe dónde se encuentra.

Chispita creyó que moriría ante la falta de remedios y le embargó una enorme tristeza al pensar el tiempo que había malgastado estudiando nuevos protocolos de vuelo, o aprendiendo el lenguaje de los elfos, en lugar de disfrutar junto a Losrak volando

sobre los campos de amapolas. Había priorizado lo que entendía como deber frente a lo que realmente deseaba hacer.

Después del ala le fallaron las patitas, con lo que ya casi no salía de casa. Losrak, con su ánimo y palabras cariñosas no lograba animarla.

Pero una noche, un hada, la misma que había estado en su nacimiento, el Hada de la Vida, apareció con un vestido dorado y un regalo entre sus manos: un corazón de diamante rojo. El hada le dijo:

—Coge este corazón, que te ayudará a superar el reto, porque la vida te ha traído este desafío para que recuerdes quién eres y aprendas de nuevo el valor de las cosas pequeñas, para que aprendas a disfrutar la vida como cuando eras una niña, y a mantener siempre una sonrisa eterna. Guarda este corazón junto al tuyo y él te guiará.

Chispita colocó el corazón junto al suyo y se fusionaron llenando su cuerpo con tanta energía que sus patitas empezaron a recuperar el movimiento. Esa energía era tan potente que cayó en un profundo sueño.

Y en el sueño apareció un árbol en un frondoso bosque, sobre el que estaba la estrella polar. Era un árbol dorado construido con polvo de hada y sus ramas estaban llenas de tesoros. ¡Era su árbol! También había una anciana que le decía:

—Ve donde el corazón te lleve, no pierdas tiempo.

Al día siguiente Chispita se fue sola, sin decírselo a nadie. Iba buscando la estrella y el bosque del sueño.

El camino era lento y agotador, pero cuando le fallaban las fuerzas se llevaba la mano al corazón y una nueva energía la envolvía. Atravesó muchos lugares, bosques, ríos, poblados de gnomos, elfos... y todos se preguntaban quién era esa extraña mariposa que no volaba.

Al séptimo día llegó al bosque situado bajo la estrella polar y encontró el sendero que conducía hasta un claro donde estaba

el árbol; la imagen del sueño no reflejaba tanta belleza como allí había. El árbol no era muy grande, pero resplandecía de tal forma que llegaba a molestar a la vista. Las hojas de polvo de hada eran suaves y resistentes y de sus ramas colgaban como frutos piedras preciosas de distintos colores. De nuevo se le apareció el hada, que le dijo:

—Para curar tus alas deberás tumbarte bajo el árbol y dejar que sus hojas caigan sobre ellas, pero para recibir antes has de ofrecer al árbol algo de valor para ti. Siempre debes recordar que quien quiere recibir también ha de dar.

Chispita cogió su corazón de diamante y lo colgó de una rama, y al momento las hojas cayeron sobre sus alas cicatrizando las grietas. Las alas se volvieron doradas, brillantes, grandes pero ligeras, y comenzaron a moverse. Y entendió que ya podía regresar y emprender de nuevo su vuelo.

Chispita inició su regreso a la aldea. Allí, para su sorpresa, estaban esperándola Losrak y toda su familia, que habían venido desde distintos lugares para celebrar la buena nueva; el hada, una vez más, se había adelantado avisándoles de lo ocurrido.

Y todos aprendieron que no importan los retos, sino lo que tú pongas en ellos. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Al amor incondicional de las madres y de mi marido Juan Carlos

CORAZÓN ALADO

PAZ GUILLÓ MARTÍNEZ

Hubo un hombre sin nombre en un lugar que no se localiza en los mapas, que encontró semienterrada una concha en la arena. Se atrevió a abrirla y descubrió en su interior una perla azul turquesa, la más hermosa que había visto nunca; en ella se reflejaban todos los animales, plantas, frutos y lugares del mundo.

Decidió recoger la perla para enseñársela a su mujer y así poder compartir con ella tanta belleza, pero la mujer, demasiado ocupada para prestarle atención y cansada de tantas perlas como su marido le había enseñado, no reparó en que esta tenía algo que le hacía ser diferente a las demás.

El hombre, desolado por no poder mostrar lo que había descubierto, decidió guardar la perla en el cajón de un armario que había en el desván. Al principio lo abría todas las noches para asegurarse que seguía allí, pero poco a poco con el devenir de sus obligaciones y el paso del tiempo se olvidó de ella. Un día, sin saber ni cómo ni por qué, se acordó de la perla. ¿Qué será de ella? ¿Habría cambiado? Así que, decidido, abrió el cajón y ante su sorpresa vio salir volando de su interior a una preciosa lechuza blanca.

La lechuza volaba desorientada por la habitación porque no estaba acostumbrada a la luz, pero el hombre, poco a poco y con

mucha ternura y paciencia, consiguió que se posara en su brazo con elegancia y salió a la calle con la lechuza, pues quería que todos en el pueblo la conocieran. Avanzó por la calle principal donde vivía su amigo el panadero, pero no estaba en casa. Se cruzó con la costurera, que bajaba con prisa la calle, pero la mujer no se detuvo. El herrero no le hizo caso, pues estaba muy ocupado con su trabajo. Se dirigió hacia el bosque para buscar a alguien que valorara la belleza de la lechuza, ya que no quería que le pasara lo mismo que con la perla.

Caminó hasta que llegó a un lago, de entre cuyas aguas surgió una mujer, con una hermosa y larga melena llena de todos los peces que habitaban en el lago y una piel del color del agua.

—¡Mira mi lechuza! —le dijo el hombre, pero la mujer con una leve sonrisa en sus labios le dijo:

—¿Tuya?, creo que no lo es —y volvió a sumergirse en las aguas del lago.

El hombre, pensativo y confundido, siguió caminando para encontrar a alguien a quien mostrar su lechuza, que seguía pacientemente apoyada en su brazo. Había salido de su casa muy temprano y sintió hambre. Pasaba por allí un joven con unos extraños ropajes que le dijo que regresaba de haber estudiado en tierras lejanas.

—Estoy hambriento, ¿puedes ayudarme a conseguir algo para comer? —le preguntó el hombre.

—Por supuesto —le respondió el joven—. Esto lo aprendí cuando estuve en Oriente. Mezclando el pétalo de una flor, una pluma de pájaro, un poco de barro y unas frutas del bosque se elabora un plato exquisito. La pluma de tu lechuza me serviría.

Pero el hombre, sin dudarle un instante, le dijo:

—Prefiero pasar hambre a que ella se vea privada de una de sus preciosas plumas blancas —y le dio las gracias y siguió caminando.

El hombre, muy cansado, se detuvo a descansar y cayó en un sueño muy profundo. Cuando despertó la lechuza no estaba, entró en pánico y la buscó sin éxito. La confusión de la búsqueda le llevó a adentrarse en una parte del bosque que era desconocida para él. De repente, surgida de la nada, apareció ante sus ojos una majestuosa iglesia muy antigua. Las campanas repicaban y su corazón vibraba con el sonido, nunca había sentido nada parecido.

Siguió buscando a la lechuza, sin descanso y sin rendirse, no podría seguir sin ella. Aunque, curiosamente, como no sabía su nombre, no podría llamarla y conseguir que volviera. Cuando ya había perdido casi toda esperanza, vio acercarse desde el cielo la lechuza blanca. Tenía que ponerle nombre, pues no podía volver a perderse. La llamaría Corazón Alado. La lechuza se posó en su brazo y siguió caminando.

El mar empezó a verse a lo lejos, el sol estaba en lo más alto y se reflejaba en el agua, se podían ver las velas blancas de decenas de barcos. Un sentimiento de añoranza apareció en su corazón, ya que se había alejado mucho de su casa y no se había despedido de su mujer ni de sus amigos, pero sentía que el impulso de seguir adelante era más fuerte, todavía no podía regresar. Como precaución, para saber por dónde regresar cuando llegara el momento oportuno, había pedido a dos diligentes topos que le construyeran un camino de vuelta, pero una vaca enorme lo fue borrando con su rabo. ¿Cómo iba a volver? No lo sabía.

Bajó a la orilla del mar, donde encontró una pequeña cantina; por fin podría comer. En el interior, apoyado en la barra del bar, había un pirata malencarado, una dulce abuelita con un canario en una jaula y un hombre extranjero con un pájaro de hermosos y brillantes colores. Comió hasta saciarse y salió de la cantina.

—¿Adónde me dirigiré ahora? —se preguntó. Mientras decidía hacia dónde avanzar, se dio cuenta de que la lechuza miraba al suelo.

—¿Qué le ocurrirá? —pensó—. Hasta ahora la lechuza me ha ayudado siempre: miraré hacia el mismo punto que ella y a ver qué sucede.

Centró su mirada y, de repente, vio como el suelo se había vuelto transparente, se divisaba el otro lado del mundo. Entonces se dio cuenta de que en el suelo había una cerradura, y pensó:

—Si hay una cerradura, hay una llave. ¿Dónde podré conseguirla? Quiero atravesar esta puerta, quiero ir al otro lado del mundo.

De pronto, se acordó de lo que hacía cuando olvidaba las llaves dentro de su casa. Se ayudaba de un pelo de sus pestañas y mucha destreza. Con mucho dolor y lágrimas en los ojos se arrancó un pelo, lo metió en la cerradura y la puerta que le llevaría al más allá se abrió.

Ante él apareció una escalera muy inclinada. Asustado, bajó muy despacio. De repente, notó que de las paredes salían brazos y manos que le tiraban con fuerza de la cabeza, los tobillos, el cuello... y no le dejaban avanzar. La lechuza les picaba y por un momento podía seguir, pero el alivio no duraba mucho tiempo.

La bajada se le hizo muy difícil, llegó agotado a lo que parecía una sala de espera muy amplia y vacía; quizá allí podría descansar. Mientras intentaba recuperarse del esfuerzo, escuchó como una puerta se abría. Apareció un médico con una bata blanca impecable.

—¿En qué le puedo ayudar? —le preguntó. El hombre no se sentía enfermo, pero algo había cambiado en su cuerpo. De sus pies salían ramas de abedul, de sus uñas se desprendían rayos luminosos y su pelo, largo hasta el suelo, crecía en forma de liana. Sintió una voz en su interior que le decía:

—Este médico no te va a poder ayudar —y se marchó.

Pensó en buscar a alguien más, pues ese había sido el motivo para salir de su casa y adentrarse en el bosque, así que siguió bajando las escaleras.

La lechuza blanca había desaparecido de nuevo, pero esta vez algo había cambiado, ahora no iba a esperar para encontrarla, tenía que seguir su camino. Los brillantes escalones, ahora dorados, le marcaban los pasos. Alzó la cabeza y a lo lejos vio a una mujer de piel blanca, luminosa y de talante suave. El hombre la miraba intensamente, pues le resultaba muy familiar: estaba seguro de que la había visto antes, pero no recordaba de quién se trataba. La mujer le acompañó en silencio. Bajaron las escaleras hasta que llegaron a una puerta y, antes de cruzarla, se abrazó a la mujer; ella le acunaba en sus brazos con dulzura y amor y él lloraba como un niño, con una mezcla de tristeza, porque sabía que ya no le iba a volver a ver, y alegría, por el profundo agradecimiento que sentía.

Atravesó la puerta con paso decidido y sin mirar atrás. Encontró un bote pequeño, se subió y comenzó a remar sin saber hacia dónde, pero después de haber superado tantas situaciones durante el camino, su confianza era absoluta. Mientras remaba, sintió como el bote empezaba a moverse, y el agua, que hasta entonces había estado tranquila, empezó a hacer olas que crecían de tamaño. Vio un torbellino que le atrajo hacia su centro y, por mucho que remara, no podía resistirse a su fuerza. Así que cerró los ojos, saltó del bote y se sumergió en el agua dejando que el torbellino le tragara. Después de ser sacudido por las aguas durante un tiempo sin tiempo, apareció volando a lomos de un precioso elefante blanco. Se sentía poderoso y feliz y su corazón volvía a vibrar. Estuvo unos instantes disfrutando de la emoción que calentaba su corazón, pero entonces se vio engullido por la trompa del elefante, de donde salió transformado en una majestuosa pantera, negra como la noche. La pantera dio unos cuantos pasos moviéndose sigilosa y elegante, con la sensación de que no había nada más en el mundo. Sintió que algo crecía en su boca, era una flor; la escupió pero siguió creciendo hasta volver a engullirle, convirtiéndose en una ostra que tenía en su interior una perla azul turquesa y...

Hubo un hombre sin nombre en un lugar que no se localiza en los mapas, que encontró semienterrada una concha en la arena. Al atreverse a abrirla descubrió en su interior una perla azul turquesa, la más hermosa que había visto nunca.

*Nací atravesando el Arco Iris, vivo danzando al son
de los latidos de mi corazón y mi alma, caminando
bajo la luz de la Luna, cuidando mi Mundo, al
amparo del Universo que me rodea...
Porque estoy hecha de pedacitos de cada ser y cada
circunstancia vivida...*

Gracias.

IRISADA

ROCÍO RUBIO VISERAS

Erase una vez, en un mundo donde reinaban las aves, una madre que esperaba con alegría la llegada de su tercer hijo. Esta madre tenía una característica: sus alas eran del color del arco iris y ninguno de sus dos hijos las tenían. El ave mayor tenía la gracia del vuelo, era toda una acróbata y tenía un encanto y elegancia fuera de lo común... pero sus alas eran como las de la abuela materna. El segundo de sus hijos era muy gracioso e inteligente, sus piruetas eran también únicas, era capaz de alzar el vuelo más alto que ninguno de los demás pájaros y el resto de las aves del lugar lo querían muchísimo por su gran bondad y generosidad... pero tenía las alas del padre. Cuando su tercer hijo nació lo miró con detenimiento... ¡Era hembra! Cuando limpió sus alas la madre dijo:

—Por fin, esta sí es mía —pues había nacido con las alas del color del arco iris, como ella, llena de amor y bondad hacia los demás.

La llamaron Irisada.

Comenzó su vida en una familia que le otorgó mucho amor y alegría, por lo que la familia lo era todo para ella.

Cuando fue a la Escuela de Primeros Aleteos, conoció a una pajarita que la complementaba, era la que le explicaba la realidad

del mundo, y se llamaba Luna. Así que el ave Irisada ponía el corazón, y Luna, la cabeza. Y ese era el gran problema de Irisada, demasiado corazón y poca cabeza.

Cuando llegó a la escuela de Primeros Vuelos, el orgullo se apoderó de ella, ya que sacaba muy buenas notas y su padre era el director de aquella escuela.

Unos cuervos de la escuela quisieron darle una lección para bajarle los humos, y se les ocurrió una brillante idea: humillarían a Irisada. Cada vez que la veían se burlaban de ella, le tiraban piedras o inventaban canciones con letras hirientes; Irisada bajaba su cabeza y lloraba en silencio.

Como no entendía por qué la trataban así, plegó sus alas; unas veces las envolvía con trapos, otras las pintaba con colores semejantes a los de los demás, pero no era sencillo, porque cada pájaro tenía sus alas de un color diferente, así que Irisada, por más que lo intentaba, no conseguía ser como los demás.

Los cuervos ya no sabían por qué se metían con ella, se había convertido en una costumbre.

La madre de Irisada le decía:

—No les hagas caso, eso es que te tienen envidia —pero Irisada seguía sin comprender. Había otras aves preciosas con las que no se metían. ¿Por qué con ella sí?

Un día Irisada vio que todo el mundo alababa a los que les costaba volar y en la escuela querían ser sus amigos, así que decidió dejar de practicar el vuelo. Tampoco eso sirvió, sólo consiguió suspender.

Irisada seguía estudiando la forma de que esos cuervos dejaran de meterse con ella y un día decidió contárselo a su hermano, que le dio un consejo:

—Fíjate en los defectos de esos cuervos y, cuando te insulten, respóndeles con otro insulto.

Irisada pensó y pensó, recordó que el cabecilla de esos cuer-

vos tenía unos dientes prominentes, como los de un ratón, que le colgaban del pico, y un día que volvía a su casa cansada, vio a lo lejos al cabecilla y sus patitas empezaron a temblar, pero se armó de valor y, al pasar junto a él, aquel cuervo graznó:

—PAJARRACO DEFORME.

A lo que Irisada contestó:

—RATÓN CON ALAS.

Desde aquel día dejaron de insultarle y aprendió su primera gran lección:

«Hay que esforzarse en afrontar los miedos para que no te frenen»

Irisada lavó sus alas y comenzó a practicar de nuevo su vuelo, y un día descubrió que sus alas de colores, al pasar por las nubes y humedecerse, podían pintar, ¡podía hacer dibujos en el cielo! Atravesaba las nubes y coloreaba sus minúsculas gotas. ¡Era maravilloso!

Irisada, junto a su amiga Luna, entró en un grupo de aves para aprender a bailar al son del viento y de las olas del mar. Un día su maestra les dijo:

—Vamos a bailar frente a las aves de este bosque.

Practicaron danzas durante un tiempo y llegó el día de la exhibición. La madre y la hermana de Irisada la acompañaron para ayudarle a limpiar sus alas y quitarles el polvo entre danza y danza. El escenario era precioso, millones de luciérnagas se asomaban entre las hojas de los árboles para iluminar el lugar, pero lo que embriagó el corazón de Irisada de algo muy especial y mágico fue que, cuando al terminar aquellos bailes, salieron a saludar, el público se puso en pie con caras de felicidad graznando, batiendo las alas, trinando, y aquello era nuevo para Irisada, nunca había sentido una emoción igual.

De nuevo aprendió algo muy importante...

«Cuando te esfuerzas y practicas con ahínco, obtienes maravillosas recompensas»

Un día Luna le dijo a Irisada:

—Mi familia se muda a otro bosque, uno grande y lejano.

A Irisada se le resquebrajó el corazón, se quedó sin saber cómo seguir en su día a día, tuvo que acostumbrarse a estar sin su amiga, casi su hermana, con la que había compartido millones de risas, lágrimas y confidencias. Pronto descubrió a otras aves del bosque con las que también podía ser feliz y en las que podía confiar.

A Irisada no le gustaba la siguiente escuela: Escuela de Altos Vuelos. Ella sólo quería bailar y hacer sonar con sus patas los hilos que tejían las arañas, pero su madre le dijo:

—Eso no puede ser, debes estudiar, como hace todo el mundo —así que Irisada dejó el baile y la música del bosque.

Estudiaba poco, pero estudiaba. Irisada no era feliz. Un día encontró una cueva oscura junto a su casa y allí se escondía cada tarde después de sus clases, pues no quería ver a nadie y no quería estudiar. Dentro de aquella cueva mojaba sus alas en los charcos que hacía el agua que se colaba por el techo, y descubrió que dibujar le consolaba y llenaba de felicidad... Llenó muchísimas hojas con sus dibujos; en la escuela pintaba en las paredes cuando nadie la veía. Cuando parecía que nada tenía sentido, Irisada vio una zona del bosque con fuentes de aguas cristalinas de diferentes sabores y comida de alta calidad, donde se reunían jóvenes aves de todas clases a gorgojear y relacionarse. Ni corta ni perezosa, se echó a la espalda una mochila con sus dibujos y pensó:

—Quiero hacer dibujos para embellecer ese lugar.

Habló con los dueños, a los que les enseñó algunos de sus dibujos, y les pareció una magnífica idea que Irisada decorase aquel espacio del bosque. Desde ese día Irisada combinaba sus estudios con sus pinturas y eso la hacía muy feliz, así que de nuevo sacó brillo a sus alas y volvió a tener ganas de volar. Alzó el vuelo contenta haciendo piruetas maravillosas y, de repente, empezó a ser admirada, cada día tenía más amigos.

Se sentía feliz, ya que todas las aves querían volar junto a ella, y notaba que tenía una fuerza interior que nadie podía parar.

Cuando terminó sus estudios, tocaba ir a la Universidad de Vuelos Prodigiosos. Había muchas opciones; Irisada quería ir a una de dibujo con alas, pero fue imposible, así que pensó que era una señal, el destino le decía que debía ser un ave normal, como cualquiera. Entró en la Universidad de Trinos, donde podías aprender a trinar como las aves de todo el planeta. Aquel año, además de ir a la Universidad, Irisada se dedicó a presentarse por los nidos y ramas de aquel bosque enorme y decorarlos: no era capaz de dejar de embellecer lo que fuera.

Ese verano fue muy especial para Irisada, ya que no sólo fue locutora en un programa de radio —sí, en el país de las aves también tenían radio—, sino que por fin le dejaron entrar en la Universidad de Grandes Dibujos con Alas.

En aquel momento se cruzó con un pájaro mayor que le propuso hacer un negocio juntos de grandes dibujos; a Irisada le pareció muy interesante y durante los tres años que estuvo yendo a la Universidad también trabajaba en aquel negocio. Al principio era todo muy bonito, y a Irisada le aclamaban por hacer unos dibujos muy especiales y creativos, pero ese pájaro tenía dos caras y, mientras con una de ellas alababa a Irisada, con la otra le ennegrecía las alas con su emponzoñado corazón.

Un día que Irisada sentía que no podía mover las alas por aquella suciedad fue sola a la orilla del mar; hacía mucho viento, las nubes eran de un color morado intenso y las olas medían cuatro metros, pero Irisada necesitaba lavar sus alas. Justo antes de entrar en el agua se encontró con un pájaro fuerte, hermoso, que tenía un penacho negro y grandes alas blancas. Éste le preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

Irisada respondió:

—Voy a bañarme.

Universo, que así se llamaba esa gran ave, dijo:

—Pues no me voy hasta que no lo vea.

Irisada respondió:

—Pues no me baño hasta que no te vayas.

Universo cruzó sus alas y no movió ni una pluma. Irisada había ido a bañarse, así que decidió hacerlo, se adentró en el agua y, cuando volvió su mirada hacia donde esperaba Universo, se sorprendió al ver que aquel gran pájaro seguía allí, con las alas cruzadas, esperando. Estaba delante del que iba a ser su compañero, su amigo y su gran apoyo en la vida.

Pasó algún tiempo e Irisada consiguió librarse de aquel pájaro mayor de corazón emponzoñado y creó, junto a Universo, un hermoso nido, un lugar lleno felicidad. Entonces Irisada pensó que quería ser como el resto de las aves femeninas que formaban un hogar, así que plegó sus alas de nuevo y cada día limpiaba el nido, iba por comida y recibía feliz a Universo, que, a pesar del cansancio, siempre tenía una gran sonrisa para su amada Irisada. Pero Universo se dio cuenta de que Irisada, poco a poco, iba perdiendo el color de sus alas, que iban tornándose grises, y además cada día hablaba menos, porque no tenía demasiadas cosas que contar.

Universo le dijo:

—Yo me enamoré de un ave preciosa de alas desplegadas del color del arco iris. Vuelve a ser la misma.

De nuevo Irisada desplegó sus alas y comenzó a volar y dibujar; ahora no sólo dibujaba con sus alas en el cielo, sino también en las nubes, las hojas, los árboles, las piedras e incluso daba tonalidad a algunos atardeceres. Irisada irradiaba felicidad.

Un día Irisada tenía una noticia maravillosa: estaba esperando un pajarito bebé. Pero lo perdió. Sus lágrimas duraron mucho tiempo, pero de la mano de Universo y su familia, volvió a reír y a volar.

Finalmente Irisada tuvo un bebé pajarito: era como el padre, con su penacho negro y grandes alas blancas, aunque, al llegar a la punta, cada pluma tenía un color del arco iris diferente. Lo llamaron Mundo, porque eso fue para Irisada: «su Mundo».

Un día a Irisada le llegó una terrible noticia: su madre había volado al cielo de los pájaros, ese cielo del que no se vuelve. Lo que nadie le había dicho a Irisada es que cada vez que se iba un miembro de la familia del Planeta de las Aves, le dejaba al resto un regalo en su corazón. El regalo que recibió Irisada de su madre fue un susurro que le dijo:

—Vuelve a bailar.

Y así lo hizo. Irisada danzaba con otras aves cada vez que tenía oportunidad. En aquel bosque también había carnavales e Irisada disfrutaba muchísimo desfilando, disfrazándose...

En esos momentos tenía un divertido grupo de amigas, vivía con abundancia de comida, ramas de primera calidad y tenía todas las comodidades que un pájaro podía tener, pero de repente un terrible terremoto dejó a aquel bosque sin suministros, y algunos tuvieron que ir a otro lugar porque se habían quedado sin nido. Irisada tuvo suerte, pues su nido quedó intacto, aunque ya no podían tener ramas y comida de primera clase, y la mayoría de aquellas divertidas amigas desaparecieron. En ese momento Irisada aprendió una triste e importante lección:

«Hay aves que se acercan a ti por tus posesiones y no por tu corazón»

Más adelante Irisada recibió de nuevo una triste noticia: su hermana tenía una grave enfermedad. Poco tiempo después se fue al cielo de las aves, del que no vuelven. Esta vez Irisada recibió dos regalos de su hermana:

Un susurro:

«La vida es como un río y tú eres una hoja; habrá hojas que sigan tu curso y otras que irán por afluentes. No te empeñes en ser

Castor, deja que sigan su camino.»

Y en su corazón una semilla:

Volvería a actuar y a saborear el aplauso, y los graznidos y trinos del público.

Irisada se empeñaba una y otra vez en querer ser normal. Esta vez decidió dejar de dibujar tanto y se dedicó a visitar a otros pájaros y venderles hojas, ramas y plumaje para las escuelas de Altos Vuelos.

Un día se cruzó con un ave delgaducha pero muy graciosa y pizpireta, que le dijo:

—¿Te vienes conmigo a un curso de vuelos y cantos?

Irisada comenzó a ir a esos cursos y en una clase el profesor dijo:

—Ser actor es ayudar al compañero a ser grande.

Irisada pensó: «Este es mi sitio».

Y tuvo una primera actuación sobre un escenario, de nuevo iluminado con luciérnagas. Esta vez desplegó sus alas sin miedo y brilló como nunca había brillado. Irisada sintió en lo más profundo de su alma de pájaro que eso era lo que quería hacer siempre, y que a partir de ese momento nada ni nadie le apartaría de la maravillosa locura de actuar.

Pero de nuevo la vida de Irisada se vio truncada con otra triste noticia: sin previo aviso, el corazón del hermano de Irisada dejó de latir y se encaminó al cielo del que no se vuelve. De nuevo recibía dos regalos de su hermano:

Un susurro:

«Vive del lado de los valientes con tus alas desplegadas: vuelo alto, corazón limpio y una gran sonrisa.»

Y en su corazón una semilla:

Para que Irisada por fin fuera reconocida como una muy buena artista del dibujo con alas.

Irisada continuó con aquellas clases de vuelos y cantos y tomó una gran decisión:

—Soy lo que soy, soy como soy, no voy a volver a esforzarme por intentar ser como los demás y voy, por fin, a hacer lo que mi corazón me pide; con las patas bien afianzadas en el suelo voy a pintar con mis alas y, siempre que pueda, buscaré el aplauso del público, que tanto me llena.

FIN

UN PÁJARO LLAMADO LIBERTAD

ISABEL ÁLVAREZ SÁNCHEZ



Con el recuerdo de saber quién era y el abrazo profundo que prendía en su alma de aquellos que habían partido, Alegría se convirtió en una bonita joven que ahora se llama Felicidad.

En la villa continuaba brillando el sol sereno de la mañana y la luna se reflejaba en los estanques de cristalina agua cuando caía la noche; la vida para Felicidad era tranquila, disfrutaba del cantar de los pájaros, del revoloteo de las mariposas, de los baños de verano en la orilla del río, de los olores de los membrillos que anunciaban el otoño.

Al caer la tarde, entre los senderos de bosques centenarios, Felicidad disfrutaba de largos paseos entre árboles con su preciosa madre y sus cuatros hermanos.

Felicidad continuó con el legado de su querido padre, el Maestro Alquimista, y elaboró olores y sabores entre las flores del campo y el rocío de la mañana.

Por aquella época conoció a un joven apuesto y moreno de piel que venía de otros reinos. Conocía el nombre de las flores y las plantas, los árboles con una ligera inclinación lo saludaban. Hablaba con los pájaros y éstos le respondían con una sonrisa. Felicidad se tumbaba con él sobre la hierba del campo para sentir

los latidos de la tierra y atravesar territorios de paz profunda dentro de su alma y vislumbrar otros universos.

Pero una triste mañana un desgraciado infortunio se cruzó en el camino del apuesto joven y tuvo que marchar donde el sueño eterno tiene su reino.

Mientras el corazón de Felicidad intentaba recuperarse de esta triste partida, las paredes de su casa se tornaron grises y las colañas del techo gemían de dolor: su hermoso hermano enfermaba. Doblada de dolor, no sabía cómo consolarlo, y la desesperanza se instaló como una sombra en sus vidas con el tic-tac implacable del reloj.

En un paraje donde la Naturaleza habla con el Universo, su amado hermano en su viaje hacia las estrellas reposó sobre un lecho de flores en las cristalinas aguas del río donde disfrutaron de su niñez acompañados del sereno cantar de los pájaros, de adelfas rosas y blancas, rodeados de la majestuosa pared ocre de la montaña que les acompañaba como testigo de lo inefable.

Pero en una tarde de primavera, sin esperar nada de la providencia, Felicidad conoció a un caballero de verdes ojos de búho y de noble corazón que vivía en una casa palaciega donde las paredes sabían solfeo y los olivos centenarios saludaban a los visitantes.

Cogidos de las manos y con el cantar del ruiseñor miraban el cielo estrellado e imaginaban otros universos. Pero un día sus corazones dejaron de latir al mismo ritmo y sus palabras de amor se disolvieron en una noche de otoño.

Con un ala rota, Felicidad emprendió un viaje hacia otros reinos para encontrar la cura que borrara la sombra de pena que llevaba en su corazón. Atracó en puertos donde conoció la belleza de mares plateados y sonrisas infantiles que atravesaron su corazón y le devolvieron la felicidad.

Decidida, volvió a casa con los suyos, se despidió del Molino

de Alquimia y le agradeció tantas cosas hermosas que le había enseñado.

Ahora Felicidad, desde lo alto de su casa de radiantes paredes blancas llenas de luz, divisa el cielo del atardecer entre colores de ámbar y añil, los pájaros se elevan alrededor de ella en un bello revoloteo, la música de la vida la inunda, cierra los ojos y agradece a la vida por tanta dicha. Despliega las alas e inicia el vuelo, es un hermoso pájaro llamado Libertad.

DESPROPÓSITOS

JUANA MARÍA VIVANCOS GABARDA

 ranse dos pueblecitos vecinos, pero muy diferentes, que no mantenían buenas relaciones. Los habitantes de uno de ellos tenían ideas propias muy provechosas. Por ejemplo, inventaron pinzas de tender la ropa de aluminio anodizado con bonitos colores que no se deterioraban con la intemperie. Esto ocasionaba cierta envidia y, sobre todo, sentimiento de inferioridad en el pueblo vecino, por lo que crearon una comisión que fue a consultar con el personaje más poderoso del pueblo y con el que se sentían representados. Éste, de aspecto corpulento, colmillos muy grandes y destacados ojos muy pequeños y hundidos, se posicionó en el centro de la estera de esparto con forma circular y les contestó:

—No os preocupéis, nosotros también vamos a llamar la atención. Ya lo tengo pensado, es algo nunca visto, nos vamos a dedicar a inventar cepillos para barrer la espuma que se forma en la playa con las olas. Seremos los primeros y muy reconocidos, seguro que nos visitarán muchos turistas.

Los inteligentes del pueblo vecino eran muy prudentes, no hacían comentarios y, cuando se tenían que defender de los acosos del otro pueblo, les recordaban —para que no lo volvieran a hacer— cuando subieron una cabra con una cuerda y una polea al campa-

nario de su iglesia para que se comiera unas hierbas muy jugosas y suculentas que habían nacido después de la lluvia de la primavera y pensaron que no era cosa de desaprovecharlas. Y también hay quien dice que habían visto a algunas mujeres del pueblo con los brazos abiertos sujetando los pantalones al marido, el cual se dejaba caer desde el tejado de la casa y así terminaba de vestirse. Dicen que, de esta forma, quedaba muy claro y patente quién llevaba los pantalones en casa. Quizá fuera verdad porque las casas eran de una planta, pero creo que, al no ser cómodo, dejó de practicarse.

Otro argumento que utilizaron los listos, siempre a la defensiva, es que, cuando se escapó de una finca lejana un pavo real y apareció en el pueblo con toda su cola desplegada, como sus habitantes no lo conocían, les aterrorizó muchísimo verlo, porque además lo asociaron con el fin del mundo, ya que habían oído que se anunciaría con señales extrañas. Se asustaron tanto que todas las puertas de las casas del pueblo, que normalmente estaban entreabiertas con una silla apalancada para que corriera el fresco, fueron cerradas con llaves y cerrojos para que no entrara el monstruo: la Recantampaula, así lo bautizaron.

A todos estos argumentos les respondían a los listos que ellos también tenían por qué callar, ya que en la época seca, en verano, se formó una tormenta muy grande y a la hija de su alcalde, que estaba agachada abriendo el último cajón de una cómoda, le pasó por encima una chispa eléctrica, un rayo, que salió del espejo que había sobre la cómoda. Y decían que era un aviso, porque seguramente allí no estarían haciendo bien las cosas. Y daba igual que se les razonara que no había pararrayos y que era la casa con el tejado más sobresaliente del pueblo.

Esta situación era insostenible y tenía que solucionarse. Pero no sabían qué hacer.

Entonces el alcalde del pueblo listo propuso una buena solución, pensó que formarían un equipo de fútbol. El campo de juego

se construiría justo sobre la línea de separación que limitaba los dos pueblos, siendo ésta la línea central, y así cada pueblo sería propietario de la mitad del campo. También pensó que dejaran de trabajar los niños del pueblo vecino y que mientras no conseguían una escuela fuesen a la suya, que compartirían con mucho gusto. Y les dijeron que, para que quedara patente la buena disposición, sólo pedían a cambio que quitaran de la iglesia —la de la cabra— una imagen de Santiago Matamoros donde el santo a caballo, sable en mano, perseguía a unos moros que huían despavoridos.

Así se hizo y todo quedó felizmente solucionado. Sólo mantenían la querella en el fútbol. Se mezclaron los dos pueblos y ambos se hicieron más grandes y, sobre todo, felices.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

JANA Y EL TIEMPO NUEVO

ELENA SÁNCHEZ HERNÁNDEZ

Seros, el joven elfo que habitaba en la llanura cercana a las montañas, fue el primero en recibir el anuncio de un tiempo nuevo. Hacía poco que había contraído nupcias y, según los dictados del viejo mundo, le esperaba un futuro prometedor. Aquel anuncio le pilló desprevenido. Le gustaba el mundo que conocía hasta entonces, y con el anuncio de un tiempo nuevo habían empezado a llegar seres de otros valles y bosques cuya existencia desconocía. Todo aquello le parecía extraño, y la alegría con que otras criaturas maravillosas celebraban la noticia no era comprendida por el joven elfo. Añoraba la certeza de los viejos tiempos. Pensativo, miraba las cumbres de las montañas más altas; allí se imaginaba una vida tranquila. Una mañana, abatido por un mal presentimiento, Seros decidió marcharse con su esposa a las cumbres. Empezarían una nueva vida.

Al otro lado de las montañas donde se había instalado Seros, la comunidad de las hadas recibía a la pequeña Jana. Llegaba con el anuncio de un tiempo nuevo, por lo que las hadas se preguntaban si le correspondería a ella algunos de los poderes mágicos que todavía no habían sido entregados. Sus diminutas alas, todavía sin desplegar, no permitían vaticinar cuál sería el futuro.

Recluido en las cumbres, a Seros le resultaba difícil prosperar. Las provisiones escaseaban durante el invierno, y llegaría el día en que tendría que bajar al valle durante los meses de frío y nieves y atravesar, sin más remedio, el territorio de las brumas y las densas nieblas que cubrían parte del camino que conducía hasta el valle. Apenas era posible ver con aquella niebla. Seros temía perderse, quedar atrapado en la bruma, morir congelado o acabar prisionero de los demonios del frío. Por el momento, había conseguido evitar el descenso hasta el valle limitando el consumo de alimentos durante todo el año.

Las sucesivas primaveras dieron a conocer el poder que a Jana le había sido concedido. La capacidad de transformación de Jana era nueva entre las hadas, que podían cambiar su aspecto, los bailes y las melodías que cantaban según las preferencias y deseos de otras criaturas. Jana parecía contar, además, con la posibilidad de abandonar su condición de hada durante un tiempo, y adoptar el cuerpo y el espíritu de otro ser.

Esto es lo que habían deducido las hadas que la veían pasar de hada a cervatillo, a lechuza, a sapo y así, uno tras otro, con el sinfín de animales que habitaban el bosque. Por supuesto, aquellas transformaciones no siempre salían bien, y los intentos de Jana por ponerse a prueba daban lugar a extraños seres que despertaban la risa de las hadas.

—Jana, ¿pero en qué te has convertido ahora? —le decían cuando no eran capaces de reconocer el pequeño animalillo que tenían ante sus ojos, mitad pájaro mitad roedor.

—Déjalo ya —le repetían—, o acabarás convertida en monstruo.

Pero a Jana le gustaban aquellos juegos. En ocasiones, asustaba a las propias hadas y, en otras, a los espíritus burlones del bosque, que dejaban de molestarla durante un tiempo. Solía alejarse del claro del bosque en el que vivía para observar a los animales que habitaban otras regiones y seguir probando nuevas transformaciones.

Un día Jana encontró al elfo Seros asustado y paralizado ante la bruma de las montañas. Las provisiones hacía tiempo que escaseaban en casa de Seros y, ahora que él y su esposa esperaban un hijo, no podía eludir por más tiempo llegar hasta el valle. Ese año el invierno se resistía a marcharse y la angustia y preocupación de Seros crecía. No sabía cuánto tiempo lograrían subsistir, tampoco si sería capaz de salir con vida del territorio de las brumas.

En sus excursiones, Jana observaba al gran lobo blanco cruzar aquel territorio a menudo. Su pelaje blanco le permitía pasar inadvertido ante los demonios del frío, evitando así cualquier ataque. Jana no se lo pensó dos veces y conmovida por la angustia y el abatimiento de Seros, puso todo su empeño en aquella transformación. A partir de ese momento, el gran lobo blanco ayudaría a Seros a cruzar el territorio de las brumas. Por fin su poder sería útil y las hadas dejarían de reírse de sus ocurrencias.

De esta manera, lograba el elfo Seros atravesar la zona de brumas dos veces durante los inviernos, una para bajar hasta el valle y otra para subir de nuevo a las montañas con provisiones, donde le esperaban su esposa y su hijo.

Jana no tardó en advertir que para convertirse en lobo blanco necesitaba alejarse de las hadas, de sus voces y de sus cantos mágicos. Cuando se aproximaban los meses de invierno Jana desaparecía. ¿Qué le sucede a Jana?, se preguntaban las hadas en su ausencia.

Pero algo empezaba a no salir bien. El pelaje que debía ser blanco y brillante cada vez era más oscuro. Jana no sabía por qué pasaba aquello. Si el color de su pelo seguía cambiando, era fácil que los fantasmas del frío se percataran de su presencia en el territorio de las brumas. Empezaba a dudar. Cada vez corría más riesgos al ayudar a Seros y se sentía sola sin las voces de las hadas que tanto la habían acompañado.

Desorientada ante las dudas y el miedo, Jana decidió regresar, por un tiempo, a la comunidad de las hadas. Sabía que escuchar de

nuevo sus voces, sus cantos mágicos y risas la aliviaría, la reconfortaría y, ¿quién sabe?, quizás le ayudaría a recuperar el pelaje blanco y brillante del gran lobo. Sin el peligro de ser atacada por los demonios del frío podría seguir ayudando a Seros.

Cuando Jana llegó al claro del bosque donde la comunidad de las hadas solía reunirse se encontró aquel lugar habitado por el silencio. Buscó a las hadas por todos los rincones. Los animales eludían sus pesquisas y se zafaban de sus preguntas con cualquier excusa. Finalmente, escondidas en el interior del tronco hueco de un árbol, encontró a algunas hadas que le contaron lo que había sucedido durante su ausencia.

Como todos los años, las hadas habían celebrado la gran fiesta de otoño. Y, como todos los años, estaba prevista la llegada de seres de otros bosques atraídos por el festín de música, danza y alegría que las hadas derrochaban. Cuando unos días antes, anunciaron su llegada los seres mágicos del bosque de Norasel, un bosque del que hasta entonces las hadas no habían oído hablar, se sintieron felices y dichosas. Sus encantos llegaban cada vez más lejos y atraían a seres mágicos de mundos lejanos. Los visitantes de Norasel fueron recibidos con entusiasmo. La sorpresa llegó más tarde, cuando los seres mágicos de Norasel mostraron su verdadera naturaleza. No eran los seres mágicos que decían ser.

La magia había sido el disfraz tras el que se habían escondido los ogros para acercarse a las hadas y ganarse su confianza. Las hadas, en su mayoría, habían sido capturadas y conducidas a los castillos de los ogros. En las torres más altas permanecían encerradas. Aquellas que habían logrado salvarse, asustadas y temerosas de que pudieran encontrarlas, habían decidido dejar de entonar alegres melodías y habían apagado sus risas. Las voces de las hadas habían dejado de escucharse en el bosque.

Sin tiempo que perder, Jana decidió pedir ayuda. Buscó primero al elfo Seros y, más tarde, a los otros elfos que habitaban en los

bosques cercanos. Sabía que en otro tiempo habían combatido con los ogros y les habían ganado importantes batallas. Los ogros temían las consecuencias que una nueva disputa con los elfos pudiera tener en sus tierras. Aunque los elfos estaban en condiciones de exigir la liberación de las hadas, decidieron hacer oídos sordos a la petición de ayuda de Jana. Las hadas debían estar atentas a los riesgos que conllevaba atraer todos los años con cantos y alegres fiestas a seres de tierras lejanas, concluyeron finalmente. Seros, que había decidido abandonar las montañas e integrarse en la comunidad de los elfos, estaba de acuerdo.

Todavía quedaba en el bosque un hada anciana que se atrevía a entonar algunos de los cantos mágicos que tanto le gustaban a Jana. Cada tarde acudía a su encuentro deseosa de escucharla. Había días en los que la voz del hada anciana no se dejaba oír. Otra vez el silencio, se lamentaba Jana. Aún así, escuchar su voz intermitente conseguía aliviar su soledad. Apenas quedaban ya hadas en aquel bosque. El día que la voz de la anciana se apagó para siempre, Jana decidió marcharse del lugar que hasta entonces había considerado su hogar.

En otras tierras, Jana pudo escuchar de nuevo las voces de las hadas. ¡Qué alegría!, comprobar que todavía existían. Eran voces parecidas a la suya, parecidas a las primeras voces mágicas que había escuchado. A pesar de aquello, Jana se seguía sintiendo triste por las hadas que habían sido atrapadas y todavía permanecían recluidas en los castillos de los ogros.

Con el tiempo supo que Seros la andaba buscando. Algunos animales se desplazaban de un bosque a otro en busca de alimentos y contaban lo que sucedía en otras regiones. Seros necesitaba con urgencia atravesar el territorio de las brumas y subir hasta las cumbres antes de que el invierno llegara a su fin. Por primera vez, Jana se alegró de no encontrarse con Seros y dispuso su camino para que así fuera; haciendo oído sordos a los animales que le contaban que en otras tierras el elfo Seros buscaba a un hada llamada Jana.

Había ocasiones en las que Jana se sorprendía al comprobar como los ogros se seguían acercando a las hadas envueltos en la falsa magia y las conseguían capturar. Aquella no era solo la historia del claro del bosque del que ella venía, era la historia de muchos otros lugares. ¿Cómo podía diferenciar la magia auténtica de la falsa magia que utilizaban los ogros?, se preguntaba Jana cada vez que algún ser mágico exhibía sus poderes como lo hacía, en aquel momento, Rúal, que mostraba gran destreza a la hora de extraer la fuerza de las olas y transformarla en una energía distinta capaz de hacer avanzar la vida en otros mundos. ¿Era aquello una posibilidad maravillosa? ¿Se trataba de auténtica magia?, se preguntaba Jana, que descubría fondos marinos y arrecifes de coral de los que nunca antes había oído hablar. Jana barajaba la posibilidad de abandonar los bosques que solía habitar y marcharse al mar. Un hada en el mar, ¿sería eso posible?

Para sorpresa de Jana, la llegada del frío trajo de nuevo la bruma; una bruma densa y pesada se interponía entre la tierra y el mar. Si Rúal quería llegar hasta las olas tendría que atravesar aquella muralla blanca. Jana pretendía ayudarlo y trataba de averiguar con cuál de sus transformaciones podría guiarlo y protegerlo de los peligros de las brumas marinas. Pero, ¿qué tendría que abandonar esta vez? ¿Llegar hasta el mar era su destino? Una mañana en que la bruma era menos intensa decidió marcharse, deseando que Rúal fuera capaz de atravesar el territorio de las brumas.

Pasado un largo tiempo, los animales de otros bosques se acercaban para contarle que Rúal buscaba a un hada llamada Jana. No había conseguido atravesar el territorio de las brumas y ahora temía las consecuencias. Durante un tiempo había tratado de escuchar las voces de las hadas, confiando en que así podría atravesar sin dificultad el territorio ocupado por las brumas. Por eso las había atraído hasta él y, una vez cerca, las había capturado. En ese momento, la voz mágica de las hadas había dejado de escucharse.

—¡Eres un ogro! —exclamó Jana cuando encontró a Rúal.

Durante la madrugada, Rúal escuchó la voz de Jana, y a la mañana siguiente, por primera vez, trató de escuchar su propia voz. Quizás aquel era el momento, pensó Rúal antes de despedirse de Jana y adentrarse en aquel territorio nuevo. Jana no sabía si volvería a verlo; si Rúal conseguiría atravesar el territorio de las brumas; si algún día celebrarían juntos la llegada de nuevos seres mágicos al mundo.

Siempre encontramos seres mágicos, pensaba Jana, y reía ante la posibilidad de que unos seres pudieran ser más mágicos que otros y algunos menos ogros que otros. ¿Sería capaz, algún día, de distinguir la magia auténtica de la magia falsa que tantos seres utilizaban para ocultarse?, se seguía preguntando mientras caminaba por un viejo camino junto al río. Entonces lo encontró. ¡Un lugar mágico!, pensó al descubrir un castillo que conseguía elevarse sobre el aire sin apenas tocar el suelo. ¿Quién habría sido capaz de hacer algo así?, se preguntó Jana. Sin duda, esta vez se trataba de un ser mágico.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolo en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comer nos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner “alergia”, que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...» Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

Esta primera edición de *El árbol de la vida y otros cuentos* se acabó de imprimir y encuadernar en mayo de 2019.

El taller «Érase tu vez» se imparte regularmente. Si tienes interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde se realiza en el web

www.espacioparacontar.com

En este quinto volumen se han recogido los cuentos escritos por Puri Hospital Bartolomé, Paz Guilló Martínez, Rocío Rubio Viseras, Isabel Álvarez Sánchez, Juana María Vivancos Gabarda y Elena Sánchez Hernández.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 15, 16 y 17 de marzo de 2019 en Murcia, en la Casa de la Piedra.

Y ocurrió lo inesperado, que, en el fondo, es lo que más se desea.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-948135-7-3



978-84-948135-7-3